

Francisco Suáiter Martínez

Enrique Molina: el hombre, el profesor, el filósofo (*)

EL HOMBRE



TRATARE de ofrecer un retrato, lo más exacto posible, de lo que es Enrique Molina, sabiendo, por supuesto, que todo puede reducirse al intento de quien hace un máximo de esfuerzo por llegar a una cumbre, que se encuentra más allá de sus posibilidades. Es sumamente difícil dar con el hombre cuando uno sale a buscarlo. Comprendo que es así, pero Enrique Molina puede ser visto, si no en la totalidad, en los sectores que más interesan a este trabajo. El hombre de quien hablo es el que trata de conocerse a sí mismo para poder conocer a los demás, pues únicamente de ese modo el aforismo de Sócrates adquiere el verdadero valor que le asignó el maestro de los filósofos.

La vida de Enrique Molina debe ser estudiada en dos direcciones: horizontal y verticalmente. Molina vive para sí mismo sin dejar de vivir para los demás. Enriquece su espíritu para enriquecer a los otros. No tesoriza el tiempo como el rey Midas que convertía en oro todo lo que tocaba. Molina convierte en oro el tiempo, porque sabe que la simple fluencia de éste no llena de almíreces ni alfolíes.

(*) Publicación del Instituto Argentino-Chileno de Cultura. Buenos Aires, 1955.

Como hombre de su tiempo comprende que nada de lo que acontece en la tierra suya, que es un poco de los demás, ni en las demás, que son un poco suyas, puede dejar de interesarle.

Si como hombre de un tiempo se comporta de tal manera, como hombre de un lugar determinado, no puede notar indiferente las igualdades ni las desigualdades artificiales. Por eso cree en la ciencia que libera al hombre de los prejuicios; en las letras que transforman la tierra yerma en oasis para la sensibilidad; en la filosofía que proporciona al espíritu una capacidad de comprensión y de tolerancia que hace posible vivir y dejar vivir.

Conversar con Molina, estar a su lado, trabajar bajo su dirección, han dicho cuantos lo trataron, significa sentir una influencia ponderable que no dicta normas, que no ejerce autoridad, ni presión alguna, pero que sugiere y que persuade.

El hombre austero no elogia la austeridad ni el trabajador elogia el trabajo. Sabe que la mejor lección es el ejemplo y que el mejor sermón es la acción. Una vida al servicio de la cultura de Chile, es la suya. Pero Chile, para Enrique Molina, no termina en las fronteras geográficas, porque el límite no es un hecho espacial con efecto sociológico, sino un hecho sociológico con una forma espacial. El espacio es para Molina lo que era para Kant: una posibilidad para la existencia, porque la única categoría que éste posee es de naturaleza geográfica.

Si Chile, como hecho histórico o como estado de espíritu, no termina donde su patrimonio geográfico concluye, la vida de Molina, puesta al servicio de su patria, está, igualmente, al servicio de la humanidad.

Molina, como todos los espíritus superiores que se mueren aprendiendo, está al servicio de la cultura ecuménica, que sin dejar de ser de un lugar determinado, proyecta su sombra bajo todos los climas y en todas las direcciones posibles.

Ajeno a las modas, conserva los cambios que se operan en el campo de la filosofía. Sin condenar ni absolver, sabe que las modas son pasajeras y que se parecen a los frágiles cerros que forma el

viento en las aguas del mar. Sabe que en la evolución de la filosofía las modas sólo influyen sobre los que no tienen opiniones propias.

Como en su juventud, Molina no se detiene, lo que significa que no acusa cansancio en su labor. Vive del pasado el hombre que ha perdido la fe en el hoy y, por cierto, en el mañana. El que está acostumbrado a beber lejanías y apurar horizontes cobra nueva realidad en cada amanecer.

EL PROFESOR

El gran rector de la Universidad de Concepción desempeña en su patria un papel análogo al que cumple Ortega y Gasset en España, tan rica en hombres ilustres en este momento, como que son españoles Salvador de Madariaga, Gregorio Marañón y Luis Jiménez de Asúa.

Enrique Molina, como lo he dicho, llena en Chile un cometido de suma trascendencia. Siendo él un gran valor filosófico, su obra trasciende por la influencia que ejerce, por el magisterio que desempeña en horas como éstas, en que nadie cree en nadie y en que muy pocos respetan a alguien.

Molina debe ser juzgado desde un doble punto de vista: por lo que escribe y por lo que sugiere. Tanto como el autor, vale el hombre que ayuda a partear ideas, para dar a esta labor una terminología socrática. En efecto, Enrique Molina, en sus libros como en la cátedra y en los artículos periodísticos, no descuida ambas cosas. Hace conocer sus pensamientos y hace conocer el pensamiento ajeno, con una generosidad que se asemeja a lo que ha hecho Ortega con la "Revista de Occidente", con sus artículos en el periodismo europeo y americano y con su labor de conferenciante. En este país no hay un hombre con quien se pueda comparar a Enrique Molina. Francisco Romero, que es en la Argentina el escritor más especializado en las disciplinas que cultiva Molina, no puede soportar el paralelo, si alguien se pusiera a escribir al estilo del gran Plutarco.

Es cierto, no hay ahora con quien compararlo. Sin embargo, entre la obra de Molina, la de Miguel de Unamuno, la de Joaquín V. González y la de Juan B. Terán, hay muchos puntos de contacto. Los cuatro se parecen en esto: que han hecho del rectorado un sacerdocio, un apostolado. Unamuno en Salamanca, González en La Plata, Terán en Tucumán y Molina en Concepción son cuatro figuras de las cuales el educador y el historiador de la cultura pueden hablar sin temor a incurrir en hipérbole, porque Molina, González, Terán y Unamuno ocupan un lugar de excepción entre los maestros de la juventud de Europa y América.

A lo dicho acerca de la obra de estos varones ejemplares, hay que agregar un hecho común a las cuatro universidades: que ninguna de ellas desarrolla su cometido en la capital del país. Dijérase que la filosofía es un producto de la soledad sonora, de la música callada y de los que huyen del ruido mundanal.

Para ser maestro de jóvenes, ha dicho Molina, al estudiar una de las figuras de la Grecia clásica, hay que tener honorabilidad personal y desinterés. Efectivamente es así: sin decoro y sin un constante olvido de sí mismo, no se puede orientar al joven que se mira en el espejo, que es su maestro, al mismo tiempo que observa el espejo. Al niño se lo puede educar con mentiras elocuentes, porque el niño no ve lo que está más allá de su niñez. Pero quien crea que se puede hacer esto mismo con el joven, se equivoca lamentablemente. El joven analiza, examina; busca la verdad y una vez que no la encuentra se desengaña del falso apóstol y le da la espalda. Hay que tener mucho cuidado cuando se enseña al adolescente y al joven. El ejemplo acomodaticio no da resultados; el adolescente y el joven miran con lupa a sus educadores, razón por la cual los educadores deben ser brillantes sin carbones.

Eso: un brillante sin carbones es Enrique Molina. Por eso en la cátedra y fuera de ella, es siempre el maestro y el hombre respetado por sus alumnos, quienes después de abandonar las aulas se hacen amigos y vuelven, como amigos, a los mismos lugares en donde estuvieron como alumnos.

El profesor universitario, he dicho en mi libro *Patria de ayer y de hoy*, debe vivir con el reloj adelantado, porque en la Universidad hay que dar actualidad a las necesidades del futuro. El profesor universitario debe ver el presente y el futuro, porque el joven que lo escucha, aunque sepa que sólo se vive en el hoy, sabe, al mismo tiempo, que al profesor se le puede exigir el don de la profecía, don que no necesita el gobernante, que es el hombre de un solo tiempo: el presente.

Molina, como profesor, cumple en la casa de estudios que él dirige una labor análoga a la que cumplieron Unamuno en Salamanca, González en La Plata y Terán en Tucumán. Decir esto es como haber dicho que las clases y conversaciones del gran rector de Concepción tienen la rara virtud de hacer que todo el hombre que está potencialmente en el joven, pueda sentirse capaz de enfrentar la vida con esa alegría del trabajador honrado, que no cree en los vaivenes de la fortuna ni en los vaivenes de la política. Que cree en lo único que debe creer: en sí mismo, en ese sí mismo que debe ser el alfa y el omega en la vida de todos los hombres.

La finalidad del profesor no es la de alejar el peligro ni la de suprimir la dificultad. El profesor está para favorecer el desarrollo de las fuerzas creadoras. El discípulo, mediante los instrumentos adquiridos, sorteará escollos y arrecifes. El profesor fija rumbos, no traza rutas ni entrega agendas. El profesor que no disuelve su espíritu entre los alumnos, pierde lamentablemente el tiempo. El profesor que desconoce el contenido vital del momento en que vive, también lo pierde.

La función docente es función de sacrificios, de humildad, de renunciamientos. Molina lo ha puesto en evidencia; pudo ser Ministro de Educación y prefirió quedarse en su partícula de Atenas chilena, enseñando y aprendiendo. ¡Qué lección la suya! Parecida, muy parecida, a la que diera el autor del sermón *laetamur de gloria vestra*, cuando renunciara al arzobispado de Buenos Aires.

Varón socrático, viejo en su juventud y joven después de los setenta años, Molina, acostumbrado a la conversación de sus maes-

tros que fueron las egregias figuras de Grecia; conocedor del legado jurídico del Lacio; buceador incansable de los misterios que encierra la tierra en el hombre y el hombre en la tierra, no se detiene. Peregrino incansable, viaja a través de todas las culturas; recorre todas las fragosidades y todos los predios de la civilización. No descansa sino de un modo: cambiando de labor; yendo de la Metafísica a las suelas de la Democracia; yendo de California a Harvard; de Guyau a Bergson, sin que sus andanzas, por el espacio y por el tiempo, lo alejen del terrón nativo de su Concepción amada, donde ha gozado y ha sufrido, donde enseña y aprende, donde sabe que el sol no se pone, porque la vejez del ayer se hace infancia en el mañana.

La Universidad de Concepción es el *leit motiv* de su existencia; la razón de vivir de Enrique Molina, como lo fue la Universidad de La Plata para González, la de Tucumán para Terán y la de Salamanca para Unamuno.

La vida suya es un punto que vuela, como definió Platón a la línea. Sí, un punto que vuela: que vuela de alumno a alumno, que es como haber dicho prolongación segura que hace innecesario querer no morir totalmente. Molina no necesita decir como Horacio: *non omnis moriar*, ni como Estrada: yo no quiero morir en el corazón de mis amigos. Molina sabe que la suya es una vida que se prolonga a través de innúmeras generaciones.

En *La herencia moral de la filosofía griega*, uno de los libros que prueba acabadamente la seriedad con que siempre trabaja este profesor documentado y estudioso, Molina formula la siguiente pregunta: “¿Tendrán —dice— los estudios que vamos a hacer alguna importancia fuera de un interés helenizante, fuera de la reverente curiosidad que suscita cuanto se refiere a cualquier aspecto de la cultura griega?”

La pregunta es la resultante de un estado de ánimo del profesor: Chile, como toda América, ayer más que hoy, tenía que producir esas dudas. Es cierto que en Chile el venezolano Andrés Bello contribuye a despertar vocaciones humanistas, como es cierto que Alberdi hace otro tanto con las disciplinas de su especialidad. Molina

sabe, sin embargo, que la herencia moral de la filosofía de Grecia requiere, para que germine en tierras del Nuevo Mundo, una labor permanente, una labor metódica, una labor que sólo en el aula se puede cumplir. Por eso le preocupa el destino de su libro, pues él no quiere que lo elogien los eruditos sino que lo lean los jóvenes de su patria, de la cual la Universidad de Concepción es uno de los grandes crisoles.

Como profesor medita antes y después de las horas en que está en contacto directo con sus discípulos. Unas veces está seguro del resultado de sus clases; duda otras, porque la labor didáctica no es tarea de orfebres sin almas, ni técnicos con precisión de cronómetros. Lo que él desea es que las páginas de su libro vayan a todos los sectores de la juventud: de la juventud que emplea bien el tiempo y de la que lo malgasta en mentideros o antesalas. Lo que le muestran sus ojos y lo que le traen sus oídos no es siempre favorable. En Chile hay que cumplir una tarea de redescubrimiento del alma nacional, una tarea de hacer que los conocimientos que el hombre posee en consignación, se conviertan en ese saber y en esa cultura a los que Max Scheler les dedica un libro.

Molina sabe que la mera erudición que se pueda proporcionar al joven no resuelve el problema. Lo que interesa en el hombre no es lo que tiene en préstamo sino en propiedad, lo mismo cuando se trata de valores crematísticos, que cuando se trata de lo que hay de espiritual en la vida humana.

La pregunta que Molina formula es decisiva, sobre todo para él, que tiene la responsabilidad de enseñar en una de las más altas casas de estudios, que es la Universidad.

Si su libro no tuviera otro interés que el helenizante, la Universidad de Concepción no habría llenado su cometido en la proporción anhelada por él, que ha hecho de su vida la medida de toda la labor que toda casa realiza. Por eso se preocupa Molina y quiere saber si las páginas de uno de los legados filosóficos que él ha hecho a los jóvenes, tienen el valor que deben tener: ser algo más que fuente de información escolar, ser en la vida de los jóvenes la prolonga-

ción del profesor, que no entrega ni quiere entregar agendas, pero que ayuda a descubrir vocaciones y a que se sientan felices dentro del cruce de los círculos sociales donde actúen.

Preocupa a Molina qué da el joven al presupuesto de las horas libres, que son las que proyectan el perfil del hombre, como si fueran su propia sombra.

Alguna vez dije que lo que signa al hombre no es la distribución del tiempo trabajo; que muestra lo que es el hombre el cómo distribuye el tiempo después que cumple las tareas del *pane lucrando*. El hombre no se define cuando el quehacer está determinado por la voluntad ajena; se define por lo que hace cuando es él el propio tutor de su tiempo.

Molina siente como un imperativo categórico la necesidad de que el joven se conozca a sí mismo, porque ese conocimiento preocupaba tanto a Sócrates como a Píndaro, ya que este último legó al mundo el célebre aforismo en el que decía al hombre: llega a ser el que eres.

Como profesor familiarizado con el mundo de Grecia, Molina siente esa necesidad, tanto como por los apotegmas de Sócrates y de Píndaro, por el de Protágoras, pues Protágoras sostiene que el hombre es la medida de todas las cosas.

EL FILOSOFO

Cuando se dice de un hombre que es un filósofo, lo que se quiere decir, de ese hombre, es que se trata de una persona que reúne más o menos las siguientes cualidades: serenidad, comprensión, tolerancia, capacidad para soportar el dolor, mesura en el entusiasmo, proporción en la distribución de las faenas y de los placeres.

Tal esquema podría ser, *strictu sensu*, la etopeya exterior del filósofo, o, dicho de otro modo: el filósofo visto por fuera.

Como la filosofía, según García Morente, comprende la ontología, la lógica, la teoría del conocimiento, la ética y la teodicea, y

comprende o no comprende la psicología y la sociología, la intuición del lego no se desatinaba ni mucho menos.

El filósofo posee las cualidades ya señaladas y la sistematización de los conocimientos. Es el hombre que analiza, que clasifica, que jerarquiza la vida y la influencia histórica de esa vida. El filósofo se mueve en esas zonas propias del tal vez, del quizás, del puede ser. No es el hombre de las afirmaciones ni de las negaciones cortantes. Sabe que todo puede ser de otro modo, que todo puede sufrir un proceso de revisión. Para el filósofo no hay sentencias ni apelaciones, sino sentencias condicionales, vale decir, sin términos precisos, como las que establecen los códigos.

El filósofo tiene como tema esencial de sus meditaciones, la vida y la influencia que ejerce esa vida. El vivir del hombre y el vivir de los demás seres en el mismo medio en el que ese hombre actúa, constituyen para el filósofo una preocupación permanente. El trata de conocer las causas y los efectos; trata de dar a las causas y a los efectos el lugar que les corresponde. No es una caja registradora de hechos que contabiliza día tras día la fluencia del devenir humano. Observador atento, se introduce en el mundo de las ideas para poner orden en la manifestación espontánea del hecho pequeño de la vida del hombre y de la sociedad que lo integra. El filósofo sabe que la sociedad es anterior a la familia, como sabe el filólogo que la frase es anterior a la palabra.

Telma Reca, en su libro *De la vida norteamericana*, al referirse a la ciencia de la conducta, que es oriunda de Estados Unidos, señala el hecho de que en la Unión, frente a la ciencia de estirpe extranjera, echa honda raigambre una psicología de la conducta que es casi una fisiología y a la cual se le ha dado el nombre de *behaviorismo* y que es "una manera objetiva de considerar las más importantes cuestiones referentes a los seres humanos".

Molina, en el libro *De lo espiritual en la vida humana*, hace notar que dicha obra podría considerarse como una metafísica de la conducta. El filósofo chileno estudia el problema del conducirse en su verdadero centro de gravedad. La fisiología de la conducta

debía interesar a un estudioso de Estados Unidos; en cambio la metafísica de esa conducta, debía preocupar a un estudioso de raza hispana, que responde al hombre pasión y no al hombre pensamiento ni al hombre acción, que pertenecen, respectivamente, a Francia y a Inglaterra.

La conducta es un problema, más que psicológico, metafísico, para el hombre de habla castellana. Por eso dice Molina, en las primeras páginas del libro a que me estoy refiriendo, que de todos los problemas filosóficos, el que más le ha interesado es el relativo a un concepto o sentido de la vida humana, ya que es la del hombre la única que tiene sentido en cuanto se refiere a ejercicio de la razón o de una actividad creadora.

Esta preocupación no se pierde de vista en toda la obra. El filósofo es un obrero que trabaja en el mundo de las ideas, como lo hacen en la realidad del mundo circundante el labrador y el minero. El filósofo vive preocupado, más que por la civilización, por la cultura, ya que aquélla contiene a ésta en uno de sus aspectos.

Desde su biblioteca, como lo hacía Joaquín V. González, Molina se asoma al mundo de lo visible y de lo invisible. Le es familiar al filósofo: la flor, el pájaro, la fuente. Le es, igualmente familiar, el pensar profundo del hombre que vivió hace miles de años y que reaparece en las páginas de sus obras, en la conversación de quienes siguen sus postulados y de quienes los discuten. La vida, que es fluir eterno, inspira a Molina profundos ensayos y clases magistrales.

Hombre de amplia cultura, posee una exquisita sensibilidad puesta a prueba en los momentos en que abre el alma a la confianza amistosa o a la introspección. El lenguaje deshumanizado de la ciencia no secó el fomentar puro y fresco de su corazón. El artista que vive en él salva al erudito y lo vuelve a la vida donde caen las hojas, donde envejece el hombre y donde se marchitan las flores.

Bondadoso y austero; sencillo y gran señor, el filósofo no se desentiende de las tareas cotidianas, porque pisa con firmeza la tierra desde la cual otea las moradas del infinito.

A medida que se ahonda en las páginas de Molina la cosecha es mayor. Hay libros que tienen esa virtud: ganar en una nueva lectura. Tal lo que acontece con las obras de este filósofo, que escribe para los hombres sin prisa, que es como haber dicho para aquellos que distribuyen el tiempo con todo acierto.

La filosofía de Molina es suya, porque sabe que la creación auténtica, si se nutre del legado grecolatino, mugrona con ideas y concepciones propias. No cree ser una ínsula, porque el hombre comparte la vida con la sociedad de la cual se alimenta y a la cual entrega los dones de su mentalidad vigorosa. No aspira a desvincularse de los grandes maestros, aunque aliente el deseo de enjuiciarlos sin deificarlos, pues la deificación del hombre ha sido, es y será fatal para el estudioso. A los hombres los trata como lo que son, es decir, como seres que poseen virtudes y defectos. Sabe Molina que la suma perfección es divina y no humana; que el valor del hombre y de la obra que realiza, es relativo. Sabe algo más: que la axiología, esa ciencia de los valores, no es un tabla de bronce donde se fijan para siempre los coeficientes personales y que lo que subestimamos hoy puede ser lo que mañana se sobreestime.

Molina sabe que “la ciencia no es de ningún partido ni es instrumento de ninguna tendencia”. Sabe que la ciencia es universal, impersonal.

Desde Concepción, que es el gran observatorio suyo, Molina mira el cielo y mira la tierra. Al hombre no lo sitúa en las nubes; lo sitúa en la pampa, en los valles, en las montañas, que es donde se encuentra su verdadero *habitat*. El reino del hombre no es el del hijo de Dios, es el nuestro, el de todos; el del que cumple con su deber o lo rehúye; el del que mira de frente o de soslayo; el del que habla con sinceridad o con hipocresía; el del que usa, para caminar, los pies o las rodillas.

Molina no pesa, no mide, no sentencia. Ninguna de esas tareas pertenecen al filósofo. En el mundo de las ideas el sistema métrico decimal y los códigos no prestan utilidad. En el mundo de lo material —Ortega lo ha dicho— la unidad de comparación es lo pequeño.

En cambio, en el mundo donde dialogan Sócrates con Platón y Platón con Aristóteles, la unidad de comparación es lo grande. Molina observa la sociedad en donde actúa, no para compararla con las sociedades que existieron en los milenios anteriores a Cristo. Molina observa el escenario chileno, para comparar con los demás escenarios. El es una pupila abierta y un oído atento a todo lo que ocurre. No se engolosina con el aplauso ni se encoleriza con la crítica. El ambiente en el que vive el filósofo es un ambiente de tolerancia, de concesiones y de renunciaciones. No llegan hasta allí los gritos de la calle ni de las plazuelas en donde rugen las pasiones del hombre.

Su contextura psicológica le permite ser un observador sereno, saber sonreír y escuchar atentamente. En la pequeña ciencia del saber mirar y del saber oír, obtiene el filósofo lo eterno y lo percedero que hay en la vida de todos los hombres, que buscan con indecisión y con prisa la solución para los problemas por los que se afanan debajo del sol.

Como profesor y como filósofo, Molina vive preocupado por dos problemas fundamentales de América: la educación y la democracia.

La educación es la raíz del árbol humano. Un país con elevado número de analfabetos no puede competir, en justas legales, con naciones que han logrado extirpar el analfabetismo. El hombre no es sólo un capital agropecuario; es, a la vez, un estado de espíritu.

Para resolver esos dos problemas, Molina ha hecho aportaciones muy valiosas. Libros, conferencias, clases, artículos periodísticos, todo, ha utilizado. Su labor está siempre dirigida hacia un mismo punto: la capacitación del hombre.

Los trabajos sobre educación, su estudio sobre las democracias americanas y sus deberes, tratan siempre el tema del hombre.

¡El tema del hombre! Cualquiera podría pensar que es asunto del cual hay una bibliografía inmensa. Lo cierto, sin embargo, es que lo fundamental que se ha escrito sobre el hombre es tan ínfimo, que asombra. Los temas sustanciales de la vida humana producen estas dolorosas sorpresas.

Los impulsos y las tendencias; el egoísmo y la sinceridad; el amor y la amistad; el decoro y el servilismo; la mendacidad y el ingenio, y tantos otros temas fundamentales, son estudiados en manuales para alumnos y no en la medida que el adulto necesita.

Se publican muchos libros; la gente anda por todas partes con un libro o con una revista en la mano, pero esa revista y ese libro, casi siempre, ponen de manifiesto que lo que recibe el cerebro no es un alimento sino una toxina.

Otra preocupación posee Molina. Como filósofo se interesa vivamente por los valores que ha producido Francia. No es París lo que lo atrae; un hombre como él, familiarizado con la lectura de los maestros griegos, no se puede dejar sobornar por las frivolidades francesas. Le interesa Francia, porque sabe que la sangre helénica que apenas alcanza para llenar un vaso, buena parte corre por las venas de los franceses, pues ha sido Francia la heredera del espíritu griego.

Sabido esto ya no puede extrañar que Molina haya estudiado con tanto interés a los filósofos griegos como a los franceses.

Molina se detiene, como abeja platónica posada en un rosal de Francia, en la obra de dos de sus filósofos contemporáneos: Guyau y Bergson. Es más, vuelve en su libro *Proyecciones de la intuición* al estudio sobre la filosofía bergsoniana, tema que apasiona por igual a muchos colegas de Molina, europeos y americanos.

La obra de Molina ha transpuesto las fronteras de Chile. En Hispanoamérica se la conoce y se la estudia. Su nombre ha sido recogido por los historiadores de la filosofía del Nuevo Mundo, que en los tiempos de Hegel era simplemente geografía.

Al lado de los más notables valores filosóficos de América figura Molina. Lo conoce América y lo conoce Europa. Aunque el escenario del filósofo sea distinto en el Nuevo Mundo que en el Viejo, Molina, Rodolfo Rivarola, Enrique José Varona, Carlos Vaz Ferreyra, Antonio Caso, José Vasconcelos, Alejandro Deusta, Tobías Barreto y Alejandro Korn desempeñan en tierras americanas un papel rector de gran trascendencia.

Por cierto que la situación es distinta. En Europa, "el pensador es un producto del ambiente en que se ha formado y actúa; en América es un reactivo, un creador de atmósfera, un excitante intelectual, porque es siempre el conductor de aquello que espiritualmente es producto de otro mundo".

Es cierto que en medios como los americanos el ambiente no es favorable. El artista, como el filósofo, no cuenta con un clima propicio para su labor. Todo eso es cierto, pero el hombre que pone el velamen de su vida al servicio de la creación poética y de la concepción filosófica, sabe que no hay tarea estéril cuando cumplen un mismo cometido la voluntad y la inteligencia.